

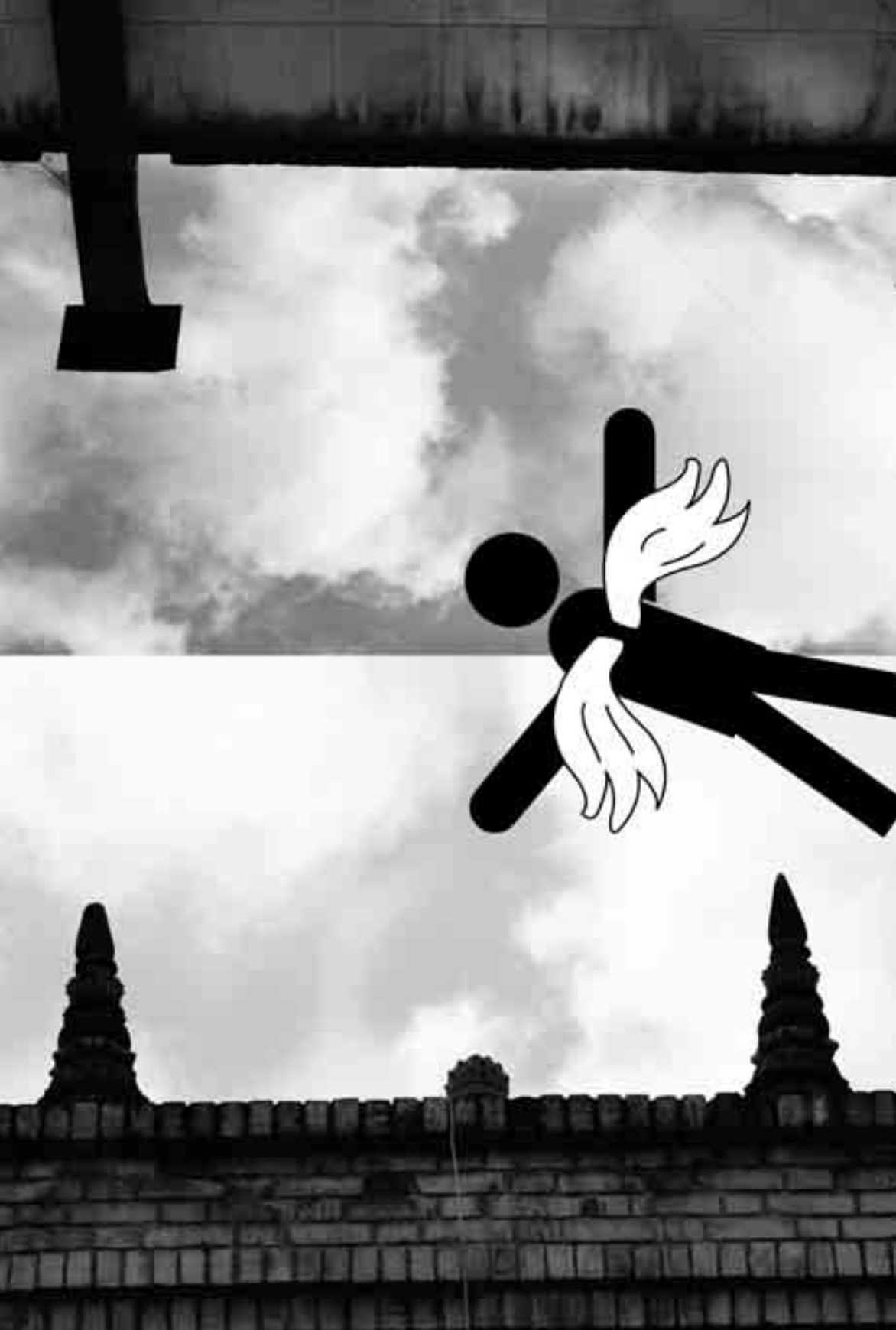
>

C O N C U  
R S O S  
Y  
C E R T Á  
M E N E S



# **XIII CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATOS CORTOS “JUAN MARTÍN SAURAS”**

ILUSTRACIONES: Manuel Gracia Gascón



**Primer Premio 2008**  
*Cielo de luto*  
**Manuel Arriazu Sada**

El incendio se extendía voraz más allá, alcanzando el horizonte, hacia las sierras, y las columnas de humo empujadas por el viento esparcían su mensaje de desolación y angustia. Todas las manos eran pocas, todas necesarias, imprescindibles para atajar las llamas. Todas. Los hombres se habían echado al monte conscientes de su desventaja frente al fuego que devoraba el sotobosque y encendía las copas de los árboles, como yesca, prendiendo las ramas de los árboles próximos, empujado por el aliento incansable del viento del oeste, caliente y seco. Un viento de muerte. Regresaban exhaustos para volver a partir apenas recuperado el aliento. Tres días con un cielo de luto. Tres noches de insomnio iluminadas por la línea titilante del frente ardiente de las llamas. Y el rumor de voces, y el olor a quemado que lo inundaba todo. Hasta que a eso de las cuatro de la tarde del tercer día alguien trajo la noticia al pueblo y el fuego prendió también en el alma humilde de sus gentes.

—Ha sido en el barranco del Polinar, eso han dicho, las llamas les debieron sorprender mientras trataban de abrir el cortafuegos.

Nadie conocía al que trajo la noticia. No era de allí. El tizne cubría su rostro y las gotas de sudor abrían surcos claros a través de su frente, por la mejilla, bajo la nariz. Nada pudo añadir a lo dicho y era probable que se arrepintiese ya de haber abierto la boca. No es gusto de nadie ser portador de incertidumbre. Tomó el agua y regresó a los montes.

Las mujeres y los viejos, también los niños, oteaban el horizonte incendiando sus ojos de un rojo lejano. Lo hacían perdiendo la mirada en un infinito sembrado de humos que todo lo difuminaban, todo menos la angustia que había sabido encontrar su sitio en el fondo de cada uno de los que miraban en silencio. La tapia del corral de Venancio Rojas daba a una plazoleta de tierra, crecida de hierbas y abrojos, que terminaba en el talud que descendía hasta el río. Desde allí uno podía engañarse pensando que hacía algo más que cruzarse de brazos. Mirar, escudriñar en la lejanía, sin esperanzas de ver, con la intuición errónea de entender que, de ocurrir algo, otro algo habría de modificar mínimamente el paisaje y traernos noticias de ello. Pero desde hacía demasiadas horas todo seguía igual. Únicamente, al llegar la noche, el brillo rojo y lejano de danza de las llamas era capaz de traspasar esa atmósfera de ceniza en suspensión que lo impregnaba todo de un olor acre y desabrido, de una pátina gris, como de escoria.

—Hay un muerto.

Alguien lo aseguró, allí, por primera vez, ante los que esperaban, y la tarde se petrificó, incapaz de respirar, como suspendida en mitad de los pensamientos, de todas las dudas, de algunas, sólo algunas certezas. Se escuchó la cuchillada de una blasfemia atroz sin que nadie se atreviese a reparar en ella. Las miradas se cruzaron igual que se cruzan en el cielo mil estrellas fugaces las noches quedas de agosto. Sólo Nicolás, el de la Reme, convale-

ciente aún de unas fiebres raras que no se le acaban de ir y que sufría lo indecible al sentirse un inútil en aquella situación, se atrevió a preguntar.

—¿Quién?

Pero no le supieron decir. Lo más que consiguió saber fue que eran cinco hombres, los que formaban el retén de Zacarías Sosa, los que sufrieron el percance. Y esta certeza, la de que se trataba uno de los suyos, sirvió, como cualquier otra, para transmitir alivio en unos casos, para sembrar angustia en otros. Muchas manos estrujaron nerviosas el halda de los delantales. Y se escucharon algunos llantos contenidos, un sonarse de narices, unas palabras de aliento solidario.

—Mamá, qué pasa.

Magdalena Doncel, la mujer de Paco Raba, oprimió con fuerza la cabeza de su hijo, contra el regazo.

—Nada. No pasa nada.

—Entonces, por qué lloras.

—No lloro, es sólo que se me ha metido humo en el ojo, una pavesa... eso es.

Nicolás se aproximó a ella. Le puso una mano sobre el hombro.

—Mujer, no hay que ponerse en lo peor.

La mujer de Paco asintió, no, todavía no, dijo, y sorbió ruidosamente el llanto. Después miró a su alrededor. Allí, recostada contra la tapia miraba al infinito Gregoria Sosa, la hermana de Zacarías. Junto a ella, en cuclillas, rodeada de hijos, Ángeles Lamero, intentaba con su hilo de voz transmitirle un consuelo que ella necesita más que nadie. Preguntó Magdalena por Dioni, la de Juan Partido, para escuchar que marchó a casa apenas se conoció la noticia.

—Habrá que advertir a Mercedes. Alguien tendrá que hacerlo.

Al decir esto miró a Nicolás. Eres hombre, le dijo su mirada, te corresponde. Respiró hondo Nicolás, el de la Reme, y buscó un apoyo que halló mal que bien en Lucas Malvás, un anciano soltero que se ofreció a compartir el mal trago con una resignación que sólo los años pueden proporcionar. “Voy contigo”, dijo, y comenzaron ambos a andar hacia la calleja.

Se echó encima la noche, sin sentirlo. Fue una larga noche negra y roja. Una noche de aullidos sin lobo, de llantos que morían antes de alcanzar los labios, de soledad en compañía, teñida de esperanzas inconfesables. Una noche de ir y venir, de dar vueltas y más vueltas a pensamientos aciagos. Porque la posibilidad que liberaba a una, condenaba a su vecina, a cualquiera de ellas, de modo que la alegría seguía teñida de una tristeza peor porque hundía sus raíces en la desgracia ajena, la que podía ser propia, y nacía más culpa y más desasosiego. Una culpa no exenta de otra paz sospechosa.

Fue Miguela Saldaña la que, tras hacer un comentario nimio y ser recriminada fuera de proporción por una de las afectadas, tal vez Gregoria Sosa, que bien podía cerrar el pico ya que nada le iba en el envite, le respondió echando cuentas en voz alta para poner en claro que si había un muerto y era del grupo de Zacarías, estaba claro quienes eran cua-

tro de ellos, a saber, el propio Zacarías, Paco Raba, Juan Partido y Nicanor Longas, el marido de Mercedes, la Francha, de modo que sus familias tenían razones sobradas para andar con el corazón encogido, porque uno de ellos podía estar muerto, pero las demás también, también tenían sus razones para andar con el miedo metido en el cuerpo, debían tenerlo, porque quedaba ese quinto hombre que nadie sabía quién podía ser y que podía estar muerto. Tan muerto como el que más. Nadie, que ella supiera, podía poner nombre al muerto. Todos callaron. Porque sabían que la razón estaba de su parte. Incluso aquellas que no tenían la certeza de que sus maridos anduvieran con el grupo de Zacarías tenían razones para sentir la misma angustia. Otra angustia distinta, tan la misma. Lucas Malvás quiso zanjar el asunto, si había un muerto, a todos les acabaría por afectar de un modo u otro. Creció un silencio de muerte, como una plegaria, y todos los ojos miraron sin ver hacia el horizonte rojo como una cenefa de fuego.

\* \* \*

María, la de Simón, joven y soltera, notó que alguien se sentaba a su lado, sobre la piedra, y trató de enjugar sus lágrimas. Era Ángeles Lamero. Se limitó a quedarse allí, a su lado. Y nada dijo hasta percatarse del sollozo callado de su vecina.

—Tú no tienes nadie a quien llorar.

Lo dijo sin intención, como si expresara así un agradecimiento sentido por su llanto solidario. Pero María giró su rostro y Ángeles Lamero pudo verse reflejada en el fondo oscuro de sus pupilas, entre el brillo de otras llamas.

—Tú qué sabrás.

Pero tampoco Ángeles se sintió ofendida, y supo que era preferible no preguntar nada, mejor dejarlo estar.

\* \* \*

—¿Cómo se lo ha tomado?

Nicolás, que se incorporaba al grupo, se encogió de hombros. La pregunta de Sofía Ruesta golpeó de nuevo contra su silencio, más corta, más tajante.

—¿Qué?

Pero Nicolás no parecía dispuesto a ponerla al corriente de algo que bien mirado no le afectaba. Refunfuñó. También Sofía, la del difunto Jonás, lo hizo.

—Algo habrá dicho.

—Nada —la palabra reventó en sus labios, por dos veces—. Nada. Qué va a decir.

Porque Nicolás no estaba dispuesto a juzgar las palabras de nadie. Tampoco a dejar que otros lo hicieran. Era un pudor respetuoso el que le condenaba al silencio. No deseaba explicar a nadie cómo Mercedes, la Francha, la de Nicanor, se quedó perpleja ante la noticia, incapaz de reaccionar. Y cuando lo hizo, fue su voz la que brotó como de una sima profunda. Y sonó extrañamente exenta de rencor. “A ver si de una vez te pudres, cabrón. A ver cuándo nos das un día bueno”.

La voz de Sofía Ruesta sonó una vez más, tratando de abrir camino.





—La pobre. Para cualquier cosa tiene. Así que lo que haya dicho...

—Nada. No dijo nada. Qué querías que dijera.

Y se alejó de Sofía porque en aquel momento todos se arremolinaban ante el cabo de la benemérita que acababa de llegar y que hablaba, escoltado por un número. *Malas noticias. Había un muerto. Eso ya lo sabían. Era del grupo de Zacarias Sosa, las llamas les sorprendieron en uno de los barrancos. No era para ellos ninguna novedad. El rescate resultaba trabajoso, por lo inaccesible del terreno, en cuanto lograran... en fin, que lo traerían en cuanto fuera posible.*

—¿Quién es?

Pero el cabo tuvo que admitir que no podía responder, nada se sabía al respecto. Él, eso dijo, se limitaba a cumplir órdenes.

\* \* \*

—No digas eso.

—Por qué, si es verdad, si...

—Ni se te ocurra decir en voz alta semejante barbaridad.

—Sería lo mejor. Para todos. Nadie le iba a llorar. Un alivio, en todo caso.

—No digas eso, mujer.

\* \* \*

—Vamos a ponernos en lo peor.

—Lo peor ya ha pasado, no hay que ponerse en nada. De nada sirven las cábalas.

—Dentro de lo malo siempre hay un peor. Vamos a ponernos en ello.

Lucas Malvás parecía dispuesto a remover las conciencias de quienes le escuchaban. Miró en derredor por si se hallaba cerca alguna de las mujeres, no fuera a ser. Al parecer, había estado echando cuentas y a pesar del caldo de cabeza había alcanzado algunas conclusiones no exentas de dudas acerca de qué podría ser peor con respecto a la identidad del muerto.

—Lucas, no jodas, no nos queda otra que rezar.

—Pues recemos. Pero... Yo, si tengo que rezar lo haré. Eso sí, allá cada cual con su rezo. Lo que es yo, tengo claro por quién no.

Alguien dijo entonces que por el camino de Bonamaisón, a lo lejos, se habían visto luces como de faros de coche. Ya lo traen, pensaron, aunque sólo Ángela Lamero lo dijera en voz alta, no mucho, lo suficiente para que un nudo se atravesara en las gargantas de todos.

Dioni, la de Juan Partido, buscó a don Celestino en la sacristía. Pero no estaba. Salió al templo. Allí le halló, rezando. Se acercó a él y le susurró al oído unas palabras que le sacaron de su ensimismamiento. La de Juan Partido y don Celestino tomaron asiento en el pri-

Los qu  
Sa



TERMIN  
TERMINACION Y  
EL ALMA COLECTIVA  
NI EN EL PRETERITO  
N HOMBRE CAPAZ DE  
MASAS COMO EL CIN  
CONFIERE CABA CE

mero de los bancos. La oscuridad apenas si quedaba rota por una bujía de luz amarillenta. Y al fondo, junto al sagrario, la lamparilla, de llama trémula. Hablaron.

—No, no, no soy quien para juzgar, pero no está bien eso que me dices que has pensado. Posiblemente te puede la angustia y eso te hace pensar desvaríos.

—No me lo puedo quitar de la cabeza, ya ve usted, don Celestino.

—Dios es justo y misericordioso.

—Pues eso.

—Pero no le puedes pedir que, para que tú no sufras, el daño alcance a otro.

—Y quién iba a sufrir si fuera él, eh, don Celestino, a ver, como no sea la zorra esa de la de Simón...

\* \* \*

Magdalena, la de Paco Raba, escudriñaba en la oscuridad tratando de ubicar las luces que de modo intermitente aparecían sobre el lienzo negro de la noche, marcando el camino. La hermana de Zacarías se le acercó y, como ella, se dispuso a seguir el que suponían cortejo fúnebre. De vez en cuando levantaban la mano, señalando, ahí, ahí, pero al poco desaparecían de nuevo. Volvían a aparecer más tarde, algo más aquí.

—Va a ser el mío, lo vas a ver. Va a ser mi Paco.

—Todas pensamos que será el nuestro. Dioni, Ángeles, Mercedes, todas. También las demás, las que saben que sus maridos pueden ser ese quinto hombre.

—Lo de Mercedes es distinto.

—¿Por qué dices eso?

\* \* \*

Volvió a aparecer el coche de la guardia civil y el cabo les advirtió de la próxima llegada del cadáver. Los otros cuatro estaban heridos, con quemaduras y uno con un brazo en cabestrillo, magulladuras, también venían de regreso, pero tardarían aún un buen rato. La camioneta de los forestales entró en la plaza al mismo tiempo que todos lo hacían por la bocacalle opuesta. Las mujeres, las manos sobre la boca, corrieron hacia ella. Los que bajaron de la cabina abrieron los pestillos metálicos de la portezuela de atrás y extrajeron con cuidado una camilla en la que el bulto de un cuerpo quedaba cubierto por completo por una lona gris. Todos les rodearon. Todos se quedaron quietos, llorando en silencio, anticipándose a una realidad tozuda.

—Dios, que no sea el mío.

Y el cabo, tomando la lona de uno de sus extremos, descubrió levemente el rostro tiznado del hombre muerto.



CRIMAR  
DIFERENTE  
UN  
DEL  
FIN-MIDEP

A large, thick white 'X' mark is overlaid on the text, crossing out the words.

## Segundo Premio 2008

### *El pantalón blanco*

### M.<sup>a</sup> Victoria Trigo Bello

¡Ay Fran, qué turbio se lee tu nombre en este periódico de formato antiguo, en una esquina, como si la rotativa se avergonzara de exponer lo tuyo...! ¡Han transcurrido treinta años desde aquel punto final y ahora, ordenando papeles, vuelves a mí desde el fondo de un cajón...!

Era el tiempo sin tiempo del verano, a mediados de los sesenta del siglo pasado, cuando los padres miraban de reojo a las extranjeras y las señoras decentes vestían bañadores con faldilla y cazoletas. Por las mañanas bajábamos a la playa, alborozados por sembrar castillos en la arena, fortalezas con pasadizos, con fosos donde las caracolas eran monstruos que podían despertarse. Y tú, Fran, un año menor pero muy desarrollado, siempre querías hacer una entrada de agua, un río de cocodrilos desde la misma orilla. Pero en cuanto cogías el cubo y la pala, acudía tu madre a aplicarte protector solar –entonces era crema, sin más, de una lata azul– y a llevarte bajo la sombrilla. ¡Francisco-Eduardo, que vas a coger una insolación...! Sí, porque tu madre, siempre sabía más que las otras madres, que no tenían ni idea de que existieran las insolaciones. Para ellas, como mucho, podía suceder un golpe de sol, o algo así.

Por las tardes jugábamos los tres primos en el parque de la urbanización, en aquel bloque residencial de balcones flotando en el mar, en un mar que sabía a azul, como azul era nuestra infancia, nuestra lluvia y nuestro sol. Cuando digo nuestra infancia, Fran, quiero decir la de Tomás y la mía, una infancia de un color azul manchado en barro, salpicada de algún churretón de helado, con los zapatos de lona asomando el dedo gordo, corriendo como locos detrás de una cometa. La tuya, Fran, era del color de la ropa que llevaras, siempre impecable, con el autoritarismo de tu madre cercenando tu realidad de niño: ¡Francisco-Eduardo, que te vas a manchar...! ¡Francisco-Eduardo, que te vas a caer...! ¡Francisco-Eduardo, no sudes que te enfriarás...!

Ella te llamaba así, Francisco-Eduardo, para prolongar más el grito, para que la fusta de su voz llegara a ti como un látigo larguísimo que te alcanzara desde muy lejos. Y en invierno, casi todos los domingos merendábamos en casa de los abuelos. Y allí estaba ella, atándote la servilleta, rígida institutriz atenta a apartar cualquier miga de tu jersey. Y cuando terminábamos el pan con plátano, quesito, membrillo o lo que nos hubieran dado –¡qué se yo!–, nos poníamos a modelar figuras de plastilina. ¡Eso son cochinas, Francisco-Eduardo, luego olerás fatal! O montábamos avioncitos de guerra recortables. ¡Trae aquí la tijera, Francisco-Eduardo, que eres muy torpe y la sangre deja marca en la fibra! Y tú, entonces, abrías el pegamento para juntar las pestañitas de aquellos aeroplanos de contienda veniales. ¡Cierra ese tubo, Francisco-Eduardo, que si te cae una gota a la chaqueta, no habrá quien la deje limpia!

Cumpleaños de cualquiera de los tres. Salvo que fuera el tuyo, que era la celebración más sosa, que sólo había rosquillas de las que hacía tu madre y a los críos nos daban una careta de cartón, que teníamos que devolver para que nos la volvieran a sacar al año siguiente, nos poníamos a hinchar globos y a dejarles escapar el aire haciendo ruidito por la boquilla según la estirábamos con los dedos. Enseguida, tu madre. ¡Francisco-Eduardo, no chupes esas gomas, que son basura! ¡Francisco-Eduardo, deja de hacer el bobo y armar escándalo con ese chirrido! Luego la tarta, casi siempre con nata y chocolate. Primero soplaban las velas el que cumplía años y, luego, las volvían a encender para que las sopláramos todos. Pero en tu caso, apenas habías dado un pequeño soplado, aunque todavía quedara alguna llamita, ya estaba tu madre quitando las velas. ¡Francisco-Eduardo, no tienes ni idea de lo peligroso que es el fuego! Luego, comiendo la tarta, Tomás y yo pintándonos bigotes encanados de risa. ¡Francisco-Eduardo, haz el favor de usar la cucharilla y comportarte como un niño bien educado!

Colecciones de cromos. Tomás y yo, intercambiando entre nosotros y con otros chavales. Los álbumes los regalaban a la puerta del colegio. Tu madre no te dejó coger el tuyo. Nada de perder el tiempo, Francisco-Eduardo, que lo importante es estudiar y hacer bien los deberes. Pero tú conseguiste agenciarte uno y yo te lo guardaba en secreto a cambio de que primero llenaríamos el mío. Un día, haciendo la colada, tu madre sacó del bolsillo de tu pantalón unos cromos. Era domingo y Tomás y yo habíamos ido a buscarte para ir al cine de la parroquia. ¡Vaya guantazo te soltó con la mano llena de jabón, que se te puso un ojo irritado porque se te metió una gota! ¡Francisco-Eduardo, casi se echa a perder toda la ropa con la tinta de estas mamarrachadas!

Tantas cosas se echaban a perder irreversiblemente, Fran, como si toda tu andadura hubiera sido un caminar retrocediendo, un continuado deshacerse la felicidad como nieve que no llega a cuajar, como mayonesa cortada, como vino picado.

Primera Comuni3n. Tomás y yo de marineros, tocando el silbato metálico a la salida de la iglesia y persiguiendo a las niñas, que iban muy repipis con sus velos. Y tú, Fran, de fraile con misal y rosario –Fran Fraile te decíamos con guasa–, y en cuanto quisiste venir con nosotros a comprar chicles con la propina que nos dieron los abuelos, tu madre te hizo quedar quieto, con las manos en actitud de rezar –era una forma de atarte una con otra, ahora lo comprendo–, recordándote que aquel era el día más feliz de tu vida y no podías echarlo a perder. Un fot3grafo con una cámara con un flash que parecía la rasera de sacar los huevos fritos, te cegó con un foganazo, como un directo a la mandíbula.

Este chico me trae desquiciada de los nervios, decía tu madre a todo quisqui. Y –entonces no podíamos percibirlo, inocente ceguera de los críos...– nadie le contrariaba, nadie le replicaba un mujer, que es un chiquillo. Pero, fíjate Fran, aunque los adultos no se atrevieran a parar los pies a aquella bruja, Tomás y yo, quizás en un tierno brote de solidaridad, con esa sabiduría inconsciente de nuestros ocho o nueve años, jamás le llamábamos tía. Pero ella no se daba cuenta. Para ella solo existías tú, sólo tú como imán para sus dardos, como cuello para su yugo. Tu padre, calzonazos vitalicio, le dejaba hacer. A lo sumo, si recurrías a él buscando refugio, clamando por una burbuja de libertad, te contestaba que lo que hiciera tu madre, bien hecho estaba. Y si lo pillabas locuaz, añadía: tú serás un hombre de provecho, no un gamberro como tus primos.

Francisco-Eduardo Ortega Sánchez, el joven desaparecido hace una semana del centro de educación especial, fue hallado sin vida en la acequia de la Moratina. Y llevabas un pantalón blanco. Blanco, como aquellas bermudas de la excursión escolar del antes y el después de tu vida. Los curas avisaron: que vengan los chicos con ropa de ir al monte, que vamos a subir a una ermita y luego se comerán los bocadillos en la pradera.

Y todos, vestidos con lo más austero de nuestro armario, empujándonos para subir a aquel autobús. Todos menos tú, Fran, sujeto a tu madre que te hizo esperar hasta el final, hasta que sólo quedarais en tierra el padre Félix –tan gruñón siempre– y tú, obligado a sentarte a su lado, que hasta eso había sido decidido por ti. Parecías un figurín de escaparate, un explorador de las películas de Tarzán, con camisa de buen tejido –tus iniciales bordadas en el bolsillo derecho, en arabescos rimbombantes–, con sombrero tirolés, botas brillantadas hasta asemejarse a una lámina de papel charol, una mochila de hebillas doradas y, como te decía, con aquellas bermudas inmaculadas, afeminadas, paridas por certeras puntadas de zarza y disciplina materna, con la raya planchada y replanchada en la fragua de la intransigencia. Francisco-Eduardo, a ver si no me das un disgusto. Y usted padre, no le deje cantearse, que este hijo mío es una calamidad. ¡Y el padre Félix le dio una estampa de san Cosme y entre sus escasos dientes farfulló que todas las madres tendrían que ser así!

Volviste con el lazo de la camisa desatado –¡hizo mucho calor aquel día!–, con el sombrero chafado –¡qué borde Gómez de pisarlo cuando se te cayó!–, con las botas llenas de polvo –¡fue genial aquel saco de harina sin dueño, que convertimos en almohadón para patearlo!–, con la mochila como un zurrón viejo y con las bermudas apenas reconocibles como originalmente blancas.

Nuestros padres, aunque algunos hacían un gesto de reprobación al vernos llegar como fieras, nos recogían con un beso y nos llevaban del hombro a casa. Tú, sabedor de lo que te aguardaba, te resistías a bajar del autobús. En una famélica esperanza, dejaste que el padre Félix hablara con tu madre, como si él fuera a paliar lo que para tu madre sería un desastre mayúsculo y para ti una tormenta con todos los rayos de punta. Pues no señor, aquel cabo de salvación también falló. ¡Hasta el padre Félix rendía pleitesía a tu madre! Señora, no hay quien pueda con este chico. Créame, lo he intentado, pero se ha comportado peor que ninguno.

Aún temblaba en tu espalda el eco del salto a la acera, cuando una soberbia bofetada casi te hizo caer largo al suelo. ¡Francisco-Eduardo, me vas a matar...! Los demás se rieron mientras tú, el más alto de la clase, comenzabas a llorar. Tomás y yo, en cambio lejos de sumarnos a la masacre de las carcajadas, entendimos que ahí comenzaba para ti un camino terminal, sin retorno.

Al curso siguiente fuiste a un internado. A partir de ahí... lo que fuera, todo negro –más negro aún–, llevándote paso a paso a la acequia de la Moratina. Paso a paso, con un pantalón blanco, con un pantalón como fantasmal camisa de fuerza con que deambularas por el corredor de la locura, quizás como venganza a aquella arpía que en el funeral, junto al pedazo de carne de tu padre, sollozaba lamentando lo que se había esforzado por criarte, el mucho dinero gastado, las inútiles plegarias al cielo entero. Y el padre Félix al que avisó tu madre y que bien podía haberse ahorrado aquella misa de exhortación a la fe





en el divino perdón para las almas descarriadas, esos seguidores de Lucifer... Ni una palabra, ni una, de compasión a tu desgraciada existencia, Fran. Ni una mirada de lástima a tu breve historia.

Tomás y yo llevábamos una corona. Fran, tus primos no te olvidan. Así, Fran, como te gustaba que te llamáramos. Luego, a la salida del cementerio, echando un cigarrillo, yo ya con novia formal, nos preguntábamos si habrías llegado a fumar.

Ahora, Fran, no sé qué hacer con este periódico, ni con el remordimiento de recordar que en la crueldad desbocada de la infancia —no sé si lo sabrías entonces, yo creo que no—, en los domingos invernales de merendar pan con plátano, quesito o membrillo en casa de los abuelos, cuando tú llorabas porque tu madre te había arruinado la tarde, yo hacía reír a Tomás apodándote por lo bajinis doña Francisquita y, si te despistabas, nos repartíamos entre los dos los caramelos que, para ti también, nos daba la abuela, sabedores de que si nos descubrías y reclamabas tu parte, llevarías un cachete por pedigüño y el consabido sermón de bolsillo: Francisco-Eduardo, el azúcar es malo para los dientes y no hay que comer a deshoras.

Y es que nadie te creía. Por activa o por pasiva, todas las flechas apuntaban hacia ti. Eras un rehén del destino, un cúmulo de fatalidades. Eras un niño con madrastra, pero en un cuento mal escrito, un cuento sin final feliz. Eras un borrador sin posibilidad de llegar a ser una tarea pasada a limpio. Ese chico tiene gafe, escuché decir en mi casa cuando te rompiste el brazo en aquellos campamentos. Pero yo no entendí qué significaba tener gafe. De aquello de tu fractura, lo que más grabado se me quedó fue cuando Tomás y yo fuimos a verte y te dibujamos en la escayola un gato o algo así con rotulador. ¡Y tuvimos el poco talento de decir a tu madre que tú nos lo habías pedido...! Casi fue una suerte que estuvieras convaleciente porque de no haberlo estado, yo creo que tu madre con el enfado que agarró, te hubiera desgraciado aún más.

Dime Fran, ahora que acudes a mí inesperadamente entre papeles desordenados, en un aldobonazo de la conciencia por el daño que pudo haberse evitado, dime que me perdonas, dime que nos perdonas a todos los que no supimos liberarte de la prisión de aquel pantalón blanco, a todos los que te empujamos a la acequia de la Moratina, a todos los que te suicidamos. Dímelo Fran, dímelo a escondidas, como cuando venías a mi casa y me pedías ropa vieja para ponerte encima de la tuya y poder pintar tranquilo con las acuarelas hasta que viniera tu madre a buscarte. Dímelo como cuando me contabas que tenías un cepo de cazar ratones escondido, pegado debajo de tu armario. Dímelo aunque sea llorando, como cuando tu madre lo encontró y lo hizo desaparecer tras armarte una de sus broncas.

Dime que me perdonas, Fran, porque recordar aquello me llena el alma de pellizcos. Dímelo Fran, porque yo no consigo perdonarme.